

El territorio calculado

POR GUILLERMO NÚÑEZ JÁUREGUI

Con su primera novela, *La suma de los ceros*, publicada por Sur+, Eduardo Rabasa satiriza el espíritu del neoliberalismo y lo delimita a un espacio imaginario.

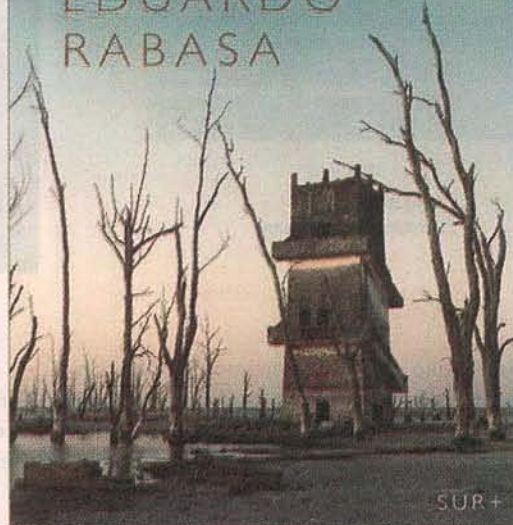
Aunque la trama amenaza desde el inicio, *La suma de los ceros* de Eduardo Rabasa (México DF, 1978) muestra sus aspectos más imaginativos e interesantes en su primera parte, cuando el narrador presenta, de forma condensada, a los habitantes y revisa las dinámicas de las distintas capas de Villa Miserias, descrita como un monstruoso multifamiliar (son 49 edificios construidos "sobre una mancha urbana propensa a los sismos") que a ratos se comporta erráticamente, como si fuera una de las catastróficas megalópolis esparcidas por el globo. Aquí la vocación satírica de Rabasa se cristaliza en un efecto acumulativo que por momentos evoca el corte transversal con el que Georges Perec retrató la vida de los inquilinos de un edificio, en *La vida, instrucciones de uso* o el ojo de águila con el que Damián Tabarovsky acompañó el ir y venir de una hoja que planea por encima de una calle bonaerense en su novela-ensayo *Una belleza vulgar*.

Rabasa traza la genealogía de este complejo habitacional que no se constriñe a un tiempo específico y cuyo espacio parece infinito, pero siempre con una distancia más o menos irónica que le impide ceder al caos disparatado del territorio que aborda: la novela está escrita con una prosa declarativa, sencilla y clara, preocupada por exponer una tesis antes que por la inventiva formal.

Como ocurre con la voz del protagonista, en ocasiones la ironía del narrador resulta en variaciones elegantes (la primera línea de la novela dice: "Yo sólo quería ser otro de los cobardes invisibles, se lamentó en silencio Max Michels conforme una gota de sangre escurría por su cuello recién rasurado") o en una vulgaridad calculada (para evitar lo que podrían sonar como referencias culteranas, en lugar de Nietzsche, se habla del loco de bigotes densos; en lugar de citar a Cyril Connolly, se cita al "gordo que firmó su libro con el nombre del navegante mitológico"; y para no invocar a Max Webber, se habla del "barbón que señaló el desencantamiento del mundo").

Para seguir con la sátira, el territorio imaginado no sólo se llama Villa Miserias, sino que el periódico que informa a sus habitantes se titula *Miserias cotidianas*; cuando Villa Miserias crece y exige un censo, se contratan los servicios de Superestructura, una compañía dirigida por GBW Ponce ("Había adquirido gran renombre entre la comunidad científico-social por un descubrimiento estadístico, conocido ya como el Esquema Ponce"); los nombres de los personajes, como ya es evidente, tienen un filo dickensiano (Inocencia Roca, Epifanio Buenaventura, Joel Taimado, etcétera) que terminan en la punta de sus inflexiones particulares (el padre de Max Michels, un doctor, habla con

LA SUMA
DE LOS
CEROS
EDUARDO
RABASA



una autosuficiencia insu-
frible, como se esperaría
que hable un falso profeta;
su madre, quien investiga
la "antropomorfología",
habla con una fría jerga
científica; Juana Mecha,
una auténtica profeta, sólo
habla en premoniciones,
como la que le da título a la
novela: "La suma de los ceros
nunca deja de dar cero") y
algunos sirven como vehí-
culos que ilustran fenóme-
nos sociales (Taimado es
un empleado de seguridad,
Pascual Bramsos es un artista
y Mauricio Maso es un
narcotraficante en ascenso,
cuya figura da pie a uno de

los momentos más divertidos de la novela,
el enfrentamiento de dos bandas de
narcotraficantes: los lolitos psicodélicos y
los marginales).

Aunque la segunda
parte de la novela
se encuentra más
interesada por una
trama (es una novela
y deben pasar cosas,
después de todo), que
a ratos es una histo-
ria de maduración,
luego el recuento de
un triángulo amoroso,

así como un *thriller* político, aún puede apre-
ciarse el peso de esa estrategia acumulativa
y satírica. Cuando se nos describe una de las
obras de Bramsos, quien, por encargo, creó
una serie donde se retrataba la degradación
de la vida comunitaria, se nos presenta una
puesta en escena de la puesta en escena que
conforma la primera parte del libro: a través de
escenas vistas a través de ventanas de edifi-
cios, vemos que "había una familia cenando
en silencio; un hombre solo viendo la televi-
sión cerveza en mano; una joven tocando el
piano; y no faltaba la escena de la mujer desvis-
tiéndose". En el siguiente cuadro de la serie se
veía "por la ventana el mismo edificio de antes,

sólo que ahora con un par de persianas cerra-
das; el tono de las escenas cambiaba ligerame-
nte: dos niños peleaban por la posesión
de un juguete; una pareja discutía por las
cuentas; un chico memorizaba los diálogos de
una película de gánsters". En seguida, "los
cuadros aumentaban en sordidez. Empezaban
a aparecer agujas inyectoras de heroína;
mujeres apaleadas siendo arrastradas de los
pelos; tahúres que perdían su vida entera en
una mano; adolescentes ingiriendo abortivos
a escondidas en el baño".

La trama no carece de interés, por
supuesto, aunque éste no se encuentra tanto
en las aventuras y desventuras amorosas y
paranoicas de Max Michels, un personaje
tragicómico típico que se desilusiona del
proyecto de vida que se ha impuesto para
volver a su punto de partida, sino en la tesis
de la novela. La trama avanza gracias a la
confianza que el protagonista deposita en
las ciencias políticas: "Les quería contar que
ya no voy a estudiar literatura. Ya lo pensé

bien y los tiempos
están cambiando. No
quiero estudiar algo
que ya no sirve para
nada. [...] No quiero
terminar dando talle-
res a pinches gor-
das ociosas. Estuve
leyendo sobre las
nuevas oportuni-
dades de participar en lo
público. Está cabrón,

ahora se puede medir hasta el espíritu. Y
reeducarlo para voltear hacia adelante".

El desencantamiento de Michels corres-
ponde con el sino de nuestro tiempo, no sólo
con el cinismo irreflexivo que aboga por todo
tipo de desregularización, sino en propues-
tas de izquierda de marcado cariz sociológico,
como el poscapitalista *Manifiesto aceleracionista*
de Alex Williams y Nick Srnicek, que imagina
un futuro que escapa de la precariedad a la que
nos parece condenar la continua crisis del
capital, a través de acciones políticas concre-
tas determinadas por tecnologías de proba-
bilística. En suma, "la utopía de los enemigos
de las utopías".

**“La novela está escrita con
una prosa declarativa, sencilla
y clara, preocupada por
exponer una tesis antes que
por la inventiva formal.”**